

PREGON DE FIESTAS

BLESA SIEMPRE

Comenzar a escribir sobre un folio en blanco produce siempre un cierto desasosiego, que se incrementa al pensar que esas páginas deberán ser leídas en público más tarde. Pero si, además, es el balcón del Ayuntamiento de Blesa el lugar desde el que se convertirán en palabras, ese desasosiego inicial se convierte casi en miedo.

Un miedo que se entremezcla con un profundo sentimiento de extrañeza. O, al menos, ésa fue mi reacción inicial cuando la Comisión me pidió que redactase el pregón, un honor por el que le estoy entrañablemente agradecida. Desde que correteaba por la plaza vieja hace muchos años, yo estaba acostumbrada a que fuera gente mayor -o, al menos así la veía yo- la que escribía el pregón. Pero cuando mi madre y mi tía me transmitieron el encargo de la Comisión y me miré en sus ojos, supe que había entrado, yo también, en esa categoría de gente madura y me embargó el miedo. Porque no es lo mismo escribir libros que leer un pregón en Blesa, mi Blesa natal. En este momento, y más aún cuando comienzan las fiestas, preferiría ser aquella niña pelirroja que, al anochecer, corría para no llegar tarde a casa de los abuelos o de la abuela.

Y esa desasosiego ante sensación nada tiene que ver, sin embargo, con mis recuerdos, con mis tiempos blesinos, con mi infancia, con mi primera adolescencia. Ni tampoco con la que me produce volver, de tarde en tarde, a este mi pueblo. Porque Blesa sigue siendo para mí lo que fue para mi padre, para mis abuelos, lo que es para casi todos vosotros, blesinos y también forasteros que a fuerza de venir, año tras año, la habéis hecho un poco vuestra.

Blesa, cuya historia he estudiado por auténtico placer después de haberla disfrutado, no es para mí aquella villa medieval próspera que en el siglo XV encargó un maravilloso retablo gótico; ni la del XVI con sus casonas de la calle baja y la calle mayor, y su importancia política y económica que le llevó a incorporarse en la Tenencia de Huesca y junto a otros pueblos vecinos pasar a formar parte de una nueva Sesma turolense. Tampoco es aquélla en la que convivían más que pacíficamente mudéjares y cristianos, ni la que, continuando con su auge socio-cultural, allá por el siglo XVII, mandó levantar una hermosísima torre a semejanza de la que Contini construyó para La Seo zaragozana. Todo esto y muchos otros datos de enorme interés son para la historiadora del arte, no para mí.

Blesa tiene para mí un significado más entrañable, mucho más profundo, el mismo que, quizá, tendrá ahora para mis queridísimos Victoria y Gonzalo y tantos otros niños, adultos y mayores que han disfrutado y seguirán disfrutando de este pequeño pueblo. Blesa, para mí, significa ecología o lo que es lo mismo, la alegría de poder estar todo el día al aire libre, yendo de un lado para otro, por las calles o por el puente, cuando la tarde comienza ya a caer; es la paz de la calle baja, la que se respira en cada callejuela, detrás de la torre, la de los despertares; es agua -aunque ya apenas la haya en el río Aguas Vivas-, la de sus fuentes, o la que gozábamos cuando un verano, por fin, tuvimos una piscina; es también esos inviernos fríos en que la nieve cubría las calles y los huertos; es el olor a té del pico de *la Burilla ode San Jorge*.

Y Blesa es solidaridad, porque aquella piscina la pintábamos entre todos, aunque creo que los niños molestábamos más que ayudábamos; porque el día de San Pedro el pueblo entero iba a merendar al *Morenillo*; porque en Semana Santa las mujeres prestaban sus colchas y sus telas más preciadas para adornar la Iglesia; porque para Viernes Santo todos, los hombres de pie y las mujeres de rodillas, velaban el *monumento* en la Iglesia y el domingo de gloria salían en hermosísima procesión las *manolas* o eso me ha contado mi madre; porque los niños pedían el *cabodaño* por las casas aunque les diera algo de vergüenza - a mí sólo me gustaba ir a casa de mi tía Rosa, la suegra del alcalde -; porque los mozos rondaban a las chicas y engalanaban sus casas con altísimas ramas de árboles que la noche anterior cortaban y los pequeños y todo el pueblo se enteraban de qué chico pretendía a qué chica; porque entre todos se preparaban y se preparan las fiestas ...

Por eso Blesa es tan especial para todos nosotros; porque ha sabido conjugar aquella forma de vida con la modernidad, y así restaurar la Iglesia, construir una piscina nueva, arreglar las calles y sobre todo seguir celebrando las fiestas. Por eso también todos los blesinos hemos sabido siempre, aunque estuviésemos un poco peces en hagiografía como es mi caso, cuándo se celebraba Santiago y qué día se homenajeaba a Santa Ana.

Y es en estos momentos cuando la alegría se desbordaba y se desborda, cuando se había terminado de segar o cuando ya las cosechadoras están a punto de terminar la faena. Es cuando casi todos volvemos para, juntos, volver a festejar, un año más, las fiestas.

Blesinos: ¡ vivan las fiestas ! y

¡ Viva Blesa !

Concha Lomba Serrano